

para á celebrar una fiesta patriótica por medio de un alarde militar. El orden coronó el triunfo, conforme al deseo del General en Jefe, las ventanas y balcones estaban llenos de señoras, de niños que contemplaban aquella admirable alianza entre la paz y la guerra, presidida por el genio tutelar del orden y la moralidad.

“El día 2 de Abril de 1867, fue un gran día para México. Difícil hubiera sido imaginar un regreso más heroico de las tropas republicanas á la ciudad de Zaragoza, ni un más digno desquite del 17 de Mayo de 1863. Jamás el valor y la dignidad del carácter mexicano se han elevado á tanta altura.

“No cabe en los estrechos límites de un artículo conmemorativo el apreciar la trascendencia que tuvo el asalto de Puebla en el desenlace final de la guerra contra la intervención monárquica. El noble interés del episodio heroico que tuvo lugar hace un año en la ciudad de Zaragoza, ha entrado por mucho en el propósito que abrigamos desde hace tiempo, de escribir la historia de la campaña de Oriente, y entonces tendremos ocasión de demostrar cómo un desastre en Puebla hubiera aplazado por un largo período la restauración del orden legítimo, haciéndola más difícil y laboriosa.

“Nuestro objeto por hoy ha sido solo consignar en este artículo los más vivos entre nuestros recuerdos, relacionados con el asalto de Puebla y

dirigir un saludo cordial á los héroes de aquella memorable jornada.”

El General Díaz al ocupar la plaza de Puebla, perdonó á sus prisioneros de Oaxaca y Puebla.

En el momento mismo de asegurar la libertad de los vencidos, aseguró su propia felicidad: firmó poder amplio para contraer matrimonio con la virtuosa y bella Srita. Delfina Ortega.

El amor había influido poderosamente sobre el valiente vencedor de los imperialistas. Al devolverles su libertad, emocionado y con las lágrimas en los ojos, les dijo:

“La Nación ha juzgado la causa del imperio; pero no se hará justicia, sino olvidando los extravíos de sus hijos; quedan vdes. en libertad. No he nacido para carcelero ni para verdugo.”

IX

Después del glorioso triunfo del 2 de Abril, Márquez salió violentamente de la capital á atacar al ejército republicano. Pero en la hacienda de San Diego Notario, las tropas liberales le cortaron el paso, logrando que el día 9 se hallase en la hacienda de San Lorenzo, sin esperanza de salvación. Entonces se decidió á escapar, y comenzó á desbandar sus fuerzas, para desorganizar el ataque

que contra él se había encomendado á las caballerías de los Grales. Guadarrama y Carvajal. No obstante la fuga de Márquez, el Gral. Díaz se lanzó en su persecución y lo alcanzó antes de la hacienda de San Cristóbal, ayudado de las caballerías de Leyva y Guadarrama y de la infantería del coronel Martínez, que sostuvo un reñido combate con el enemigo. Entonces Márquez, comprendiendo su difícil situación, desbarrancó su pesada artillería que no pudo pasar el puente de San Cristóbal, destruido con anticipación, y dejando á su ejército entregado á su suerte, huyó rumbo á México, á donde llegó casi solo.

Después de esta victoria que destruyó los últimos elementos del lugarteniente del Imperio, el ejército republicano ocupó á Texcoco y el 12 de Abril llegó á Tacubaya, emprendiendo el sitio formal de México, y estableciendo su cuartel general en Guadalupe Hidalgo.

Contaba con las brigadas de Cuellar, Leyva y Lalanné; ésta última casi destruida por la valiente resistencia que hizo á Márquez en Sotoluca, antes de la derrota de éste en San Lorenzo. Además, tenía á su mando las fuerzas irregulares de caballería de Carvajal, Malo, Téllez Girón y Fragoso.

Reorganizó su ejército, dándole el mando de la división de caballería al Gral. Leyva, el de una mixta al Gral. Hinojosa y el de otra al Gral. Lalanne. De Oaxaca vino un cuerpo de valientes volunta-

rios, llamado "Libres," y además organizó dos compañías de Zapadores.

El cuartel general extendía su dominio á los Estados de Hidalgo, México, Morelos, Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Oaxaca, Chiapas y Tabasco. Estableció una Jefatura de Hacienda y un resguardo aduanal.

Para atender á las necesidades del ejército y de los pueblos ya libres del yugo extranjero, le bastaron los productos de las aduanas, la contribución federal, el papel sellado, los productos de la nacionalización de bienes eclesiásticos y de terrenos baldíos.

Hizo construir en Puebla y Panzacola abundante material de guerra, y circunvaló por completo á la ciudad con las fuerzas sitiadoras, entre las que reinaban un orden y una moralidad increíbles. Más tarde, el salvador de la patria ha probado al mundo con su honradez administrativa, que el crédito de México que antes era un cadáver, hoy es enviado por la nación más rica. México se ha presentado en los mercados extranjeros pidiendo diez millones de libras esterlinas y los banqueros le ofrecen en el acto ochenta millones de libras esterlinas! Este hecho basta para asegurar la gloria de un buen gobernante.

Pero si en 1867 inspiraba Porfirio Díaz confianza al pueblo mexicano que lo quería y lo adoraba, en aquellos momentos aflictivos para un jefe á quien

la guerra impone el derecho de exterminio, hoy, ¿cómo no ha de ser el único depositario del poder público? Las declamaciones de los malos mexicanos no son reproches para el Gladstone de América, sino acusaciones terribles contra sus envidiosos hipócritas.

Pero es fuerza seguir relatando los hechos históricos. Escobedo, desde Querétaro, le pedía su auxilio y aun ofrecía militar á sus órdenes; pero el General Díaz necesitaba tener en jaque á Márquez, para no dejarlo apoderarse de la Mesa Central. No obstante, le envió los auxilios que pudo, á pesar de su comprometida situación.

Cada día el hambre y la miseria hacían de México una de las ciudades más tristes. No se esperaba con horror la toma de México por el valiente del 2 de Abril. No era un nuevo Tito arrasando á fuego y sangre la Jerusalem histórica: era nuevo Bolívar volviendo á Colombia su libertad. El sitio aumentaba el descontento y la desesperación de las víctimas del rabioso y vil Leonardo Márquez.

Las familias huían al campamento del ejército sitiador, donde eran respetadas, podían alimentarse y disfrutar toda clase de garantías. México se había transportado á Tacubaya. Allí estaba Porfirio Díaz: eso era suficiente para que nadie desconfiara.

Y en medio de las dificultades que era natural tuviese el General Díaz, señaló 2,500 pesos men-

suales para las obras del Desagüe del Valle, organizó los Ayuntamientos, decretó el presupuesto del Distrito Federal, limitó la facultad económico-coactiva, expidió un decreto sobre bienes confiscados y con su talento práctico salvó de una dificultad internacional al Gobierno de la República.

La estrategia y el genio militar del General Díaz se revelaron durante el sitio de México. Viendo la situación desesperada de los defensores de la plaza, hubo quien le dijera:

“General, ¿por qué no damos un paso más, y dueño vd. de México, impone sus leyes á todos los demás?” “Porque la sangre del ejército, contéstole el General Díaz, es oro puro que no debe gastarse inútilmente. Con algunos días de estos fuegos artificiales, México y Querétaro tendrán que rendirse.”

Por fin, después de dos meses y días de sitio, el General Díaz, á la cabeza del ejército republicano, ocupó la capital el 21 de Junio de 1867, al mes cuatro días de la toma de Querétaro. Sus predicciones se habían cumplido. Entonces acabó de asegurar su fama de invencible, y la adoración de un pueblo libre fué su mejor lauro.

A él se le puede aplicar exactamente el aforismo de Napoleón I: “La carrera está abierta á los talentos.”

El General Díaz, además de ser el salvador de la Patria, es hoy día el Pacificador de México.

X

El vencedor penetró á la ciudad, y en vez de sangre y exterminio, mandó repartir carne y pan al pueblo hambriento. Durante quince días no se cobró un centavo por el transporte de comestibles en los ferrocarriles. Y el comercio dió doscientos mil pesos en clase de anticipo y voluntariamente, para atender á las más apremiantes necesidades.

No llevó á los imperialistas á los lúgubres calabozos. Allí están ellos para contestar que sus deudos salían de la prisión, no con las lágrimas en los ojos, sino con hilos y ramilletes de flores. Así castigaba el héroe á los traidores. La generosidad y el valor de Porfirio Díaz no pueden ponerse en parangón con los del caballero Bayardo.

Y fue su honradez y su patriotismo hasta deponer gustoso el mando, ante el inmortal Juárez, é hizo entrega de él, abandonando el Palacio Nacional, nuevo Cincinato, para ir á su pequeña hacienda La Noria, á descansar de la lucha por su patria.

Llevaba consigo todos los laureles de la gloria y la adoración de un pueblo entero. Era el caudillo sin miedo y sin tacha, atrevido y resuelto.

Vamos á seguirlo, aunque á la ligera, en su vida

política y civil. Porfirio Díaz abandonó resueltamente al Gobierno, porque viendo que éste recibía de su conducta, cuando había dado muestras inequívocas de su patriotismo, le pareció oportuno no dar ya más recelos injustos, sino lanzarse resueltamente á la lucha.

Los amigos del Gral. Díaz lo obligaron á que aceptase su candidatura para Presidente de la República. Entonces expidió el plan llamado de "La Noria," el 8 de Noviembre de 1871, desconociendo á los poderes constitucionales y abrogándose el mando de Jefe de las armas, así como el derecho de crear una Junta de Notables.

El Gral. Díaz se había lanzado á la revolución. El Gobierno tuvo que enviar fuerzas en su contra, y después de la acción de Sindihui, acaecida el 29 de Diciembre de 1871, se retiró á la Sierra, de allí pasó á Tepic, luego al Rosario (Sinaloa), después á Concordia, donde expidió un manifiesto, y por último, se presentó en Chihuahua.

El 18 de Julio de 1872 el mundo estaba de luto: ¡Juárez había muerto! El Benemérito de las Américas, el Héroe de Bronce, el Inmaculado entre los Inmaculados, había dejado de existir. Entonces Porfirio Díaz comprendió que era innecesaria la revolución. El se oponía á la reelección de Juárez; pero un nuevo hombre había ascendido al poder: era Sebastián Lerdo de Tejada, el primer abogado de

la República: hoy día, la gloria de México en Nueva York.

Pero llegó un momento supremo, Lerdo pensó reelegirse. Los amigos empujaron á Porfirio Díaz á la revuelta. El derecho salvador de los pueblos es la revolución.

Allá en el Norte de Oaxaca está una villa algo donera, fértil y hermosa su naturaleza; pero donde el sol calienta aún más con sus dorados rayos. Allí se insurreccionó el coronel Sarmiento, proclamando en Tuxtepec la NO REELECCION. Luego, Porfirio Díaz, que estaba fuera de la República, aceptó el plan revolucionario, y el 2 de Abril de 1876 ocupó el puerto de Matamoros. A pocos días, en el campo de Palo Blanco (Tamaulipas), reformó el plan de Tuxtepec, y desconoció á Lerdo y á sus autoridades.

El 24 de Noviembre de 1876, Porfirio Díaz era dueño de México. Siempre la victoria lo ha perseguido. Y es que el pueblo lo ha buscado, porque adivinaba tras del héroe de cien batallas, al primer ciudadano de la República. Para qué es repetir esa historia luctuosa de una lucha civil encarnizada. Allí se encienden aun más los odios, se alienan las esperanzas, se vigorizan los deseos, se teme y se duda; pero se mata en nombre de un principio. El derecho de la revolución es, si queréis, una locura legal, cuando para desembarazarse de un peso cruel, no hay otro medio que matar: es

la fuerza del derecho venciendo al derecho de la fuerza.

Aun tuvo que luchar con las ambiciones, ya dueño del mando; pero la verdad es que el pueblo lo aclamaba y que su elevación á la primera Magistratura de la República, fué obra del sufragio libre.

El 2 de Mayo de 1877, Porfirio Díaz fué electo popularmente Presidente de la República, en cuyo cargo duró hasta el 1º de Diciembre de 1880, en que entregó el poder á su sucesor, Manuel González.

Y el 1º de Diciembre de 1884 fué nuevamente electo para tan elevado cargo, en el que duró hasta el 1º de Diciembre del presente año. Pero el pueblo no quiere que abandone el poder, y la Nación entera y el mundo civilizado piden su reelección.

Fue, además, en el período del Gral. González: Ministro de Fomento, Senador por el Distrito Federal, Gobernador del Estado de Oaxaca y Presidente de la Comisión Mexicana en la Exposición de Nueva Orleans.

Hizo un viaje triunfal por toda la parte oriental de los Estados Unidos. Nueva York, Boston, Chicago, Cincinnati, San Luís, Kansas, Louisville, Baltimore, Washington, Nueva Orleans y todas las grandes ciudades de la Unión Americana, se engalanaron para recibir al ilustre huésped, al

héroe de nuestra segunda independencia y al pacificador de México. Las demostraciones espontáneas que recibió durante su excursión, probaron al mundo entero que Porfirio Díaz es hoy día la primera figura de la América Latina.

Una desgracia íntima vino á herir su alma. Su querida esposa D^a Delfina Ortega, dama respetable y virtuosa, dejó de existir. El hogar del Gral. Díaz estaba solo, vacío. Era un nido sin luz ni calor. No despertaba para mirar el alba fresca de la mañana, radiante de dicha. La felicidad ya no aleteaba en torno de él. Vivir sin amor, era vivir triste, desventurado, como el bohemio que nada espera ni cree. Oh! los que no habéis amado, parias infelices, no podréis comprender la honda y mortal herida del corazón viudo. Se pide entonces luz, mucha luz, como Goethe, y alas como Ruckert; pero solo queda un horizonte gris y una especie de maldición. Nuevo Ashavero, el hombre sin amor vaga en ese limbo en que todos los sueños y los deseos y las realidades se transforman en sufrimientos.

Por eso fue al hogar de Porfirio Díaz á devolverle la vida un ángel. Cándida y pura, con el alma nacida para el bien, con esa mirada dulce y apacible de los querubes, Carmen Romero Rubio fué á darle al vencedor y al héroe lo que la gloria le habia negado. Lo más sublime, lo más ideal llevó á aquella alma transmigrada la nueva esposa. Y fue

ese divino sentimiento que se llama amor, que transforma al hombre en Dios, y lo hace dominar, siquiera con el deseo, al infinito, donde se pierden las esperanzas. Por eso, Porfirio Díaz es hoy feliz.

XI

Ahora el pueblo mexicano quiere su reelección. Me preguntaréis ¿por qué? y os responderé:

Porfirio Díaz ha restablecido las relaciones de México con Inglaterra, Francia y Bélgica, dejando bien puesto el honor nacional.

Ha celebrado importantes tratados de comercio y navegación y de extradición con las principales naciones europeas.

Ha construido un regio Palacio para la Legación Mexicana en Washington, puesto que México debe estar ante los Estados Unidos, representado como lo que es: un gran país progresista y civilizado.

Porfirio Díaz ha organizado el servicio postal de la República, como uno de los mejores de América, y hoy día, México ha demostrado su previsión y su buen orden administrativo, cuando al concluirse el tramo de la "Ruta Sunset" entre Torreón y Piedras Negras, lo aprovechó para facilitar el servicio postal.

Id á visitar los hospitales federales, tanto civiles